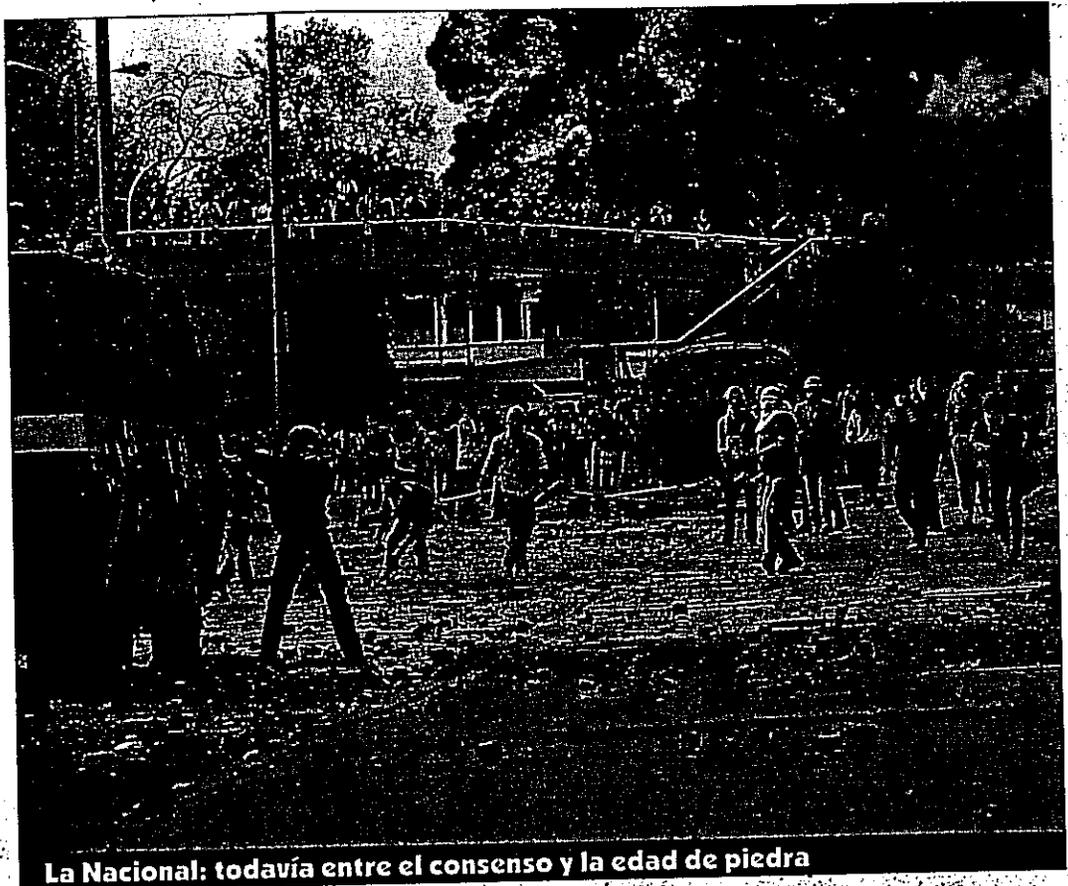


persistencia
de la pedrea
y el 'molotov'

El tropel en contravía



La Nacional: todavía entre el consenso y la edad de piedra

En la universidad estatal colombiana aún subsisten, aislados pero capaces de condicionar a la mayoría silenciosa, restos de la agitación violenta de antes. Un estudiante examina esta paradoja que hace poco volvió a manifestarse con el saldo de otra muerte juvenil.

Desde los años 60, los colombianos nos acostumbramos a calificar la actividad política de los estudiantes de las universidades estatales como una prolongación de la insurgencia armada. Es decir, como un problema de orden público más o menos tolerado por el Gobierno, con gran acogida —irresponsable, por demás— en los medios masivos de información, y comprobación una y otra vez palpable de que la universidad pública se había divorciado de la sociedad y del Estado.

Esta apreciación no ha estado lejos de la realidad, y al abrigo de ella las universidades privadas de élite fortalecieron el talante conservador y frentonalista de la formación de los líderes para el *establishment*. Al tiempo que la tragedia estudiantil de la "década brillante y heroica" (F. Cabral) —aquella entrega personal y religiosa a la revolución continental inminente; la ilusión de "crear dos, tres... muchos Vietnam", como pedía el Ché en 1967— devenía durante los cuatrienios de López y de Turbay en una farsa episódica y autoritaria de los estudiantes ultrazquierdistas. Conocido es este apotegma de Marx: "Primero tragedia, después farsa".

Fin de las utopías

Peró, ¿qué pasa cuando, digamos a finales de los 70, la revolución colombiana se reconoce marginal en las universidades estatales? ¿Hay un replanteamiento del activismo político estudiantil? Pues

no, lamentablemente: nada nuevo y sensato le dice la izquierda a la juventud universitaria. A punta de discursos y panfletos repetitivos, actos desahorados y procedimientos intolerantes, el proyecto y el método radicales lo que lograron fue una amplia desaprobación estudiantil y ciudadana, que con la poderosa influencia del medio externo fue tornándose en desinterés, pasividad, escepticismo y cierto temor de miles y miles de alumnos frente a los problemas públicos.

La barbarie de la guerra sucia —duele recordarlo como ejemplo— no concitó siquiera la solidaridad del estudiantado colombiano alrededor de los luchadores populares.

La situación, durante el segundo lustro de los 80, aparecía sin renovación. Aunque ya no todos los estudiantes activistas pensaban la universidad de acuerdo con las necesidades de "la segunda liberación nacional". A algunos, muy pocos por cierto, les empezaba a interesar el problema de la modernidad en Colombia. Había que esperar, sin embargo, los acontecimientos que inauguraban la nueva época.

La *perestroika*, la Plaza de Tian An Men, Europa del Este, el final de la guerra fría y Nicaragua, desmintieron todas las utopías, regionales y nacionales. Esto se tradujo en las universidades estatales colombianas en un buen número de problemas exis-

tenciales, pero no en rectificaciones ideológicas y políticas, con la sola excepción de la actitud de los estudiantes que se habían acercado a la agrupación guerrillera que finaliza un franco proceso de paz con el Gobierno en 1990.

Otros fenómenos nacionales, aunque con menor impacto, han incidido en la naturaleza de las rectificaciones que hoy conmueven, por ejemplo, al activismo político de la Universidad Nacional. Son: el movimiento estudiantil por la Constituyente, la consulta popular del Partido Liberal, Pizarro y Navarro con la ADM-19, el revólver de Gaviria y la Constituyente misma. Es decir, al fin la realidad nacional permea la realidad política en las universidades públicas.

Marginal y autoritario

Mientras el país avanza con firmeza hacia el pluripartidismo, los estudiantes, un poco a la zaga, están en trance de superar el unipartidismo. Y en el caso de la Universidad Nacional, uno puede entender que la discusión actual entre moderados y radicales versa sobre dos asuntos básicos: 1. Rescatar a la Universidad de la combinación de todas las formas de lucha, o sea, que puede hacerse política revolucionaria, pero sin el tropel, sin miniexplosivos. 2. Cambiar por consenso lo que hemos denominado

"costumbres anticuadas del activismo estudiantil" (chantaje moral, intimidación, líderes secretos, solidaridad de secta, etc.) por unas reglas de juego civilizadas.

De modo que estamos discutiendo la democratización (y, de paso, la modernización) de la política en las universidades estatales, como condición indispensable de una verdadera participación estudiantil.

Aunque los funestos hechos de días anteriores en la Nacional han venido a acrecentar las ideas sobre si los "cambios" estudiantiles beligerantes tienen su propio horizonte político o no. Es de suma importancia ahora, que los radicales se dediquen a la difícil tarea de pasar de la guerra a la política (discutiendo civilizadamente con los moderados y con la comunidad), porque de persistir ese ánimo estudiantil (marginal, pero autoritario) de confrontación violenta con el Estado, quienes abogamos por una solución autónoma y democrática del problema nos veremos apabullados por quienes proponen una solución contraria. La comunidad universitaria empieza a insensibilizarse; y lo cierto es que el tropel aparece cada vez más en contravía de las nuevas expectativas de la Universidad. Los radicales no deben "hacerles el juego" a los igualmente extremistas y represivos ■